

La reconstrucción de Pilar Ovalle



Pilar Ovalle está exponiendo en la galería Patricia Ready. El 12 de noviembre inaugurará en la Kourus Gallery de Nueva York.



Contadas con una mano son las cosas que no han sido hechas por Pilar. El sofá de cuero, en el antiguo comedor de la casa, es una de ellas.



Desde la entrada a la casa se advina su entorno vegetal.

Cuando la artista Pilar Ovalle se dio cuenta de que no estaba cómoda viviendo en una parte y trabajando en otra, y que ese descontento se notaba en sus obras, buscó una casa grande donde pudiera mezclar el día a día con la escultura. Así llegó a ésta, en Pedro de Valdivia Norte, enorme, "una isla", dice ella, campo en pleno Providencia, donde su vida familiar reposa sobre un taller subterráneo de 300 metros, con cimientos tan sólidos como el fundamento de su labor artística.

TEXTO, MIREYA DÍAZ SOTO
PRODUCCIÓN, PAULA FERNÁNDEZ T.
FOTOGRAFÍAS, SEBASTIÁN SEPÚLVEDA V.



Esculturas de la artista se ven en distintos rincones de la casa. La simpleza reina en sus espacios.



Este sillón escultórico está hecho a su medida, cabe perfecto en él.

La casa donde Pilar vivió su primera infancia en Santiago estaba llena de obras de arte, de muebles de estilo, de buen gusto. Siendo todavía niña sus padres —antiquarios, amantes del arte— decidieron ir a vivir a Estados Unidos, con ella y sus otras tres hermanas. La llevaron a museos, conoció la obra de grandes artistas y eso le gustaba. Empezó a hacer manualidades y a pasar el día viviendo para dibujar. Hasta que la familia se separó y Pilar, de nueve años, estuvo de vuelta en Chile de un día para otro. Entonces todo pareció invertirse. Empezó a dibujar para volver a vivir. El arte pasó a ser un soporte sólido y reparador, herramienta para crecer. Igual como cuando un subterráneo de hormigón sostiene a una casa.

Casi treinta años después, Pilar Ovalle —escultora cuyas obras se han expuesto en Chile, Brasil, Estados Unidos y Canadá, tres hijos, separada, menuda, cocinera esporádica, lectora, mermeladera de verano, intensa, enemiga del arte mediático, geométrica, emotiva, estudiosa, abstracta, ojos claros y pelo oscuro ondulado, acelerada, nariz respingada, conversadora, dueña de una cabeza que piensa mucho y que por eso le carga— tiene una casa rodeada de huertas, jacarandáes, magnolios, una piscina redonda y dos perros gigantes, que reposa sobre un subterráneo de 300 metros cuadrados, donde está su taller de esculturas en maderas y textiles, todo esto en Pedro de Valdivia Norte, a los pies del San Cristóbal.

Es un día de semana en que llueve y hace frío. Pilar circula ágil por la casa, la muestra como una perfecta guía, y parte por la cocina, punto de reunión familiar cada noche, donde todos



"En casa de herrero, cuchillo de palo", es un dicho que acá no funciona.



